



LIBROS

¡Infelices demócratas españoles! Cuarenta años de travesía por el desierto anhelando la tierra prometida y ahora, una vez alcanzada, resulta que nuestra democracia no es tal, sino una oligarquía de partidos encubierta.

¡Ilusos demócratas españoles! Más de un siglo con la vista puesta en Europa como modelo, ansiada meta de tanto regeneracionista patrio, y cuando al final, nos ponemos a su paso, ocurre que no era sino un espejismo y nuestra

homologación tanto tiempo esperada lo ha sido con unos regímenes oligárquicos que renunciaron a la libertad política por el miedo al comunismo que engendró en Occidente la «guerra fría».

Las cartas radicales de Trevijano

DEL HECHO NACIONAL A LA CONCIENCIA DE ESPAÑA O EL DISCURSO DE LA REPÚBLICA

Antonio García-Trevijano

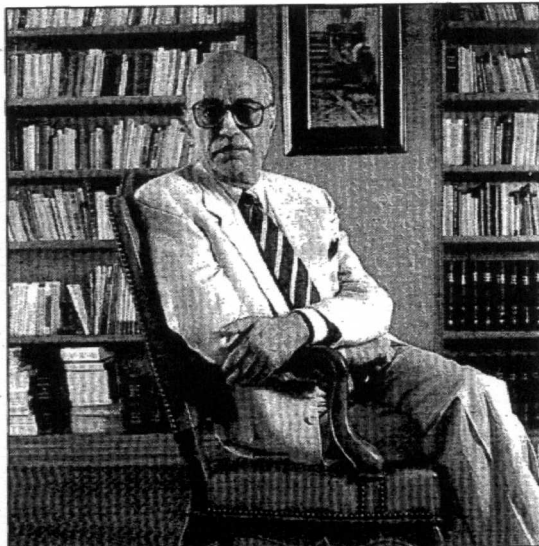
Temas de hoy, 1994

300 páginas

Julio Antonio Vaquero Iglesias

Pero eso no es todo. Los hondos problemas que abaten «los muros de la patria mía» (la del autor, claro) como «desnacionalización» provocada por el desarrollo del Estado de las autonomías y la corrupción política no son, sino los efectos perversos del régimen de poder político parlamentario diseñado por la Constitución y mal sistema electoral proporcional de listas de partido vigente. No estamos ante una cuestión de contenido, es decir, de partidos, sino de molde, o sea, de régimen político: el Estado de partidos es incompatible con la democracia. Por ello, conseguir la libertad política (las otras libertades sí existen y las podemos ejercer) y poner fin al desmoronamiento patrio pasó necesariamente por sustituir la Monarquía parlamentaria por un presidencialismo democrático que para nuestro autor pareció que es el único régimen político que por sus virtualidades constitutivas permite instaurar la democracia formal o política.

El tránsito de un régimen a otro podría hacerse sin necesidad de ruptura de la legalidad, puesto



Antonio García-Trevijano.

que el presidencialismo democrático puede perfectamente armonizarse con la Monarquía (sería una forma política nueva nunca experimentada) e implantarse a través de una reforma constitucional por iniciativa popular que incluyese también la reforma constitucional autonómica y el cambio de sistema electoral. Pero tal vía, para nuestro autor, es tan posible como poco probable, porque confiesa paladinamente («como es de esperar» llega a decir, p. 297) su desconfianza en que la Monarquía, presa del sistema oligárqui-

co, apoye tal reforma y se apunte por ello a la otra alternativa posible: la vía de la ruptura y de la República; término éste que se blande ya como arma arrojada en el título.

Las radicales (en su acepción de tajantes) tesis que García-Trevijano nos expone en este libro (estructurado en su primera parte en forma de cartas para huir del lenguaje académico o convencional, pero que no se pueden adscribir en sentido estricto al género epistolar, pues todo él está escrito con el estilo expresi-

vo y sugerente de la mejor tradición ensayística española, aunque a veces sobren los adjetivos y ciertas reiteraciones obsesivas) no nos cogen de sorpresa. Porque lo que realmente hace aquí es poner encima de la mesa todas sus cartas respecto a su posición política que hasta ahora sólo conocíamos fragmentariamente.

Esto es, desarrollar y fundamentar en esta obra las ideas que venía desgranando a través de los medios de comunicación ya desde los tiempos de la transición sobre la naturaleza política de nuestro vigente régimen político, precisando ahora —como hemos visto— las medidas políticas consecuentes que ese derivarían de sus planteamientos, pero no con la intención de promover un movimiento político inmediato para llevarlas a la práctica, sino, dada, su visión gramsciana de la vía de acceso al poder (muestra el eclecticismo que campea en el libro), con el objeto de conquistar la hegemonía cultural en la sociedad civil como paso previo par hacerlas realidad política.

Acude Trevijano para fundamentar su discurso no sólo a la ciencia política sino a las aportaciones de otras muchas ciencias conexas, así como a la experiencia histórica y a su propia experiencia personal. Pero es difícil demostrar algo de modo fehaciente en un ensayo, las experien-

cias históricas pueden tener más de una interpretación y las personales pueden ser tantas como sujetos. Así, por ejemplo, habrá lectores que no compartan su argumentación a favor del presidencialismo y en contra del sistema parlamentario, fundamentada en el «hecho» de que verdadera la soberanía está siempre en el poder ejecutivo del Estado, porque así lo demuestra la «experiencia» histórica y la suya personal. Y les parezca más democrático el que le ejercicio de la soberanía se residen-

cie en el Parlamento, siendo el Gobierno responsable ante él, y que, por tanto, sigan creyendo en la viabilidad, con las reformas precisas, de la Monarquía parlamentaria. Como es difícil aceptar, sólo por su experiencia, la «demostración» de que la instauración de la supuesta oligarquía fue consecuencia del pacto entre los políticos del franquismo y los partidos de la oposición motivado por las ambiciones y miedos de unos y otros. O su interpretación en clave genética de la «servidumbre voluntaria» del pueblo para aceptarla.

En resumen, nuestra impresión es que Trevijano juega demasiado fuerte para las cartas que tiene. Pero, en cualquier caso, no es de buena educación contestar a las cartas que no nos gustan con insultos como ha ocurrido con éstas. Es de mejor gusto y más inteligente hacerlo con razones.

Las tesis del libro no cogen por sorpresa